

¡Vivos se los Llevaron...!

Los gobiernos no necesitan hacer uso de la tortura, de la desaparición de ciudadanos, de la violación y la rapia. Aún cuando se mantengan dentro de los límites que les impone el "imperio de la ley", sus facultades son suficientemente atroces, como para temer el enfrentamiento con esa "hidra que tapa todos los poros de vida".

Las preguntas son, entonces ¿por qué excederse de esa manera? ¿Qué necesidad hay de tener en mazmorras clandestinas a quinientos veintisiete ciudadanos? ¿Cuál es el afán de conseguir confesiones falsas por medio de la tortura? ¿Acaso no llegan a entender los funcionarios que de continuar con esas prácticas más que fortalecer el levitán a que sirven, deterioran su magen, su credibilidad y la poca base social que aún conservan?

Hay quienes con justificación suficiente piensan que simple y sencillamente se trata de un caso de perversión por el uso ircontrollable de poder. Y aunque tal explicación no está ayuna de verdad, lo cierto es que muestra sólo la apariencia del problema. En realidad, quienes sostienen esta tesis no hacen más que aumentar el número de preguntas, la primera de ellas sería: ¿y qué es lo que hace posible esa perversión?

Tampoco podemos quedarnos con la respuesta general de que lo que permite esta desviación es el sistema económico-social que produce valores inhumanos como el ansia de poder y la prepotencia. Porque entonces no podríamos plantearnos un plan de acción inmediata para combatir este cáncer, sino que tendríamos que poner la solución para el día en que la humanidad se libere de toda explotación y opresión.

Así que --sin remedio-- tenemos que esforzarnos por encontrar el mecanismo que genera este monstruo al que ahora nadie --o casi nadie-- parece indiferente. Una buena hipótesis sería que lo que sucede es que el Estado está compuesto por instituciones y hombres que además del interés general de preservar e inmortalizar el sistema, tienen intereses particulares que hacer valer. Intereses que no siempre coinciden con el interés de la clase a que representan.

Tratemos de explicarnos: Cuando un funcionario --incluido el omnipotente rey sexenal-- decide por la represión desmedida, hace seguramente un cálculo político. En él "sopesa" los intereses generales "de la sociedad", es decir, de la clase que ha logrado imponer sus intereses como generales, poniéndolos en un platillo de la balanza. Pero en el otro, pone los intereses de su régimen, de su sexenio, de su gobierno. En otras palabras, balancea y mide los alcances que a largo plazo pueda tener su acción, por un lado, pero por el otro, trata por todos los medios de salvar su propio pellejo, su carrera, su prestigio de político, esto es, los efectos inmediatos que produce su decisión.

Y ahí es donde se pierden. Cuando Luis Echeverría implementó su guerra sucia contra todos los grupos que en los setentas pensaron que era posible derribar el sis-

Por Luis K'FONG FIERRO

tema ya, por medio de la lucha armada, pensó dos cosas: uno, que era necesario desarrollar ese tipo de lucha, porque en cualquier descuido podría generalizarse y terminar con el sistema; y dos, que había que hacerlo por cualquier medio, incluso los ilegales, porque quería amenazar a la ciudadanía; meterle en la cabeza que cualquier resistencia --no sólo la armada-- sería aplastada; lanzar el mensaje de que, cuando menos en su reinado, nadie podría oponérsele sin pagar un precio desproporcionado a su atrevimiento.

A quince años de la "apertura democrática" podemos ya juzgar los resultados. Si tuviéramos que juzgar ese sexenio negro por sus "méritos militares", podríamos convenir que tuvo éxito. Actualmente pocos, muy pocos, insisten en que la hora de las armas ha llegado, y quienes lo hacen se encuentran aislados completamente de las masas trabajadoras y oprimidas.

Pero si tenemos que juzgarle por los méritos políticos, entonces la sentencia será exactamente la contraria. El régimen mexicano, con sus métodos represivos ha fracasado ruidosamente.

Porque lejos de sembrar el miedo y la desesperanza entre los luchadores sociales, ha lanzado a miles y miles de ciudadanos otrora indiferentes a la resistencia que muchas veces se ha convertido en abnegada militancia.

Pero si no fuera así, bastaría como prueba de su fracaso la lucha ininterrumpida de LAS DONAS. Porque --como dicen ellas mismas-- aun cuando afortunadamente son pocas, detrás de ellas, o mejor, junto a ellas han despertado a la vida política miles y miles de mexicanos. Pero no sólo eso, sino que con su ininterrumpido peregrinar por el país van sembrando ese ánimo de lucha; esa esperanza a toda prueba; esa convicción de que SI SE PUEDE; de que no hay dictadura que dure cien años, ni pueblo que --habiendo producido un comité EUREKA-- se le aguante.

Quienes asistieron el viernes pasado al Parainfó y escucharon a Rosario Ibarra de Piedra no me pueden dejar mentir.

Y quien diga que no se emocionó cuando Rosario dijo: "Si tenemos miedo. ¿cómo no lo vamos a tener? Si los conocemos, si han desaparecido a nuestros hijos, si han torturado nuestra propia carne, si han lesionado a nuestros parientes, como hicieron con mi marido a quien fracturaron la columna vertebral intentando les dijera dónde estaba nuestro hijo. Pero ese miedo lo convertimos en ganas de luchar, en una determinación absoluta, en una fe en que les encontraremos y en que haremos caer este régimen infame... porque ya somos millones quienes cuestionamos esa sucia práctica de la represión, tantos que hasta a pelliceros podríamos detenerlos, si nos decidiéramos a actuar conjuntamente...", o bien, quien diga que estas palabras no contienen el plan real y posible de lucha, es decir, la convicción, la intransigencia y la unidad, o es un egoísta sin remedio, o es cómplice de la tortura y la desaparición escandalosa de ciudadanos que por el único delito de militar de lado de los oprimidos son condenados a la ignominiosa reclusión en cárceles clandestinas.

¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!